

sentido teológico del celibato eclesiástico

ENRIQUE J. LAJE, S. J. •



Sí, es necesario buscar comprender y conocer bien nuestro tiempo; en esto ninguno más que el Papa recomendará ser actuales, modernos, vigilantes, tensos en los pensamientos, en las necesidades, en las vocaciones del momento presente. Y para resolver el problema de conciliar el ayer con el hoy y el mañana, el Señor los inspirará; si son fieles no se encontrarán en dificultad, sino tendrán la ayuda de la tradición que llevan consigo. Parece una paradoja, pero realizarán de esa experiencia: si en el corazón tienen la fidelidad a lo que se les ha enseñado de grande y de bueno, de generoso y cristiano, sentirán no solamente la libertad de poder decidir con plena conciencia y madurez de juicio, sino el impulso de ser originales, de ser nuevos, de ser lo que una generación nueva debe ser y expresar.

PAULO VI

A peregrinos de Brescia.
28 de octubre de 1963.

La prescripción de San Pablo de no elegir para obispos, sacerdotes y diáconos, sino exclusivamente a quienes no hubiesen contraído más que un solo matrimonio (1 Tim. 3, 2. 12; Tit. 1, 6, "maridos de una sola mujer") es indicio claro de que el celibato de los clérigos, en cuanto disposición legal, no es de derecho divino, sino eclesiástico. Por consiguiente, no hay oposición, por derecho divino, entre sacerdocio y matrimonio, y si la Iglesia así lo dispusiera podría haber sacerdotes casados.

De hecho, la Iglesia autorizó, en el Concilio de Trullo (692), la práctica de Oriente, de que los sacerdotes (no los obispos) que hubiesen contraído matrimonio antes de la ordenación pudiesen continuar en él. Esta práctica se mantiene aún hoy en los ritos melquita, maronita.

Sin embargo, como lo atestiguan muchos santos padres (1), desde los primeros siglos del cristianismo, el celibato fue observado libremente por un gran número de sacerdotes y obispos. Y, en occidente, ya entre los años 300 y 306, el concilio de Elvira, lo mismo que otros sínodos y diversos decretos pontificios del siglo IV, prohibió a los clérigos, desde el diaconado en adelante, el uso del matrimonio contraído antes de su ordenación (2). En 1139 el segundo concilio de Letrán, haciéndose eco de muchos sínodos locales, dispuso para toda la Iglesia de rito latino, la nulidad del matrimonio de los clérigos a partir del subdiaconado. Esta disposición es mantenida por el derecho actual: *Los clérigos orde-*

(1) Cfr. E. VANCANDARD, *Célibat*, DTC, II, 2068 s.

(2) Denz. 52c; 89.

nados de mayores no pueden contraer matrimonio y están obligados a guardar castidad, de tal manera que, si pecan contra ella, son también reos de sacrilegio (3). El canon 1072 añade: Inválidamente intentan contraer matrimonio los clérigos que han recibido órdenes sagradas.

Por eso, la Iglesia exige actualmente, antes del subdiaconado, una declaración jurada del candidato a las órdenes mayores, de que entiende perfectamente el alcance del celibato y de que libre y voluntariamente está resuelto a guardarlo (4).

SENTIDO DEL CELIBATO

El celibato es, por tanto, de derecho meramente eclesiástico. Es una disposición de la Iglesia que la Iglesia, si quisiera, podría cambiar. Sin embargo, a pesar de toda clase de presiones y de muchas y dolorosas defecciones, la Iglesia, perseverantemente, durante siglos, ha exigido y exige a sus sacerdotes la práctica del celibato. Esto no obedece a un mero capricho, o a un menosprecio del matrimonio. La Iglesia sabe y enseña que el matrimonio es un sacramento y como tal un signo eficaz de la gracia instituido por el mismo Cristo. La Iglesia mantiene el celibato porque sabe, que aunque no es obligatorio por derecho divino, tiene, sin embargo, su fundamento en el consejo evangélico de la virginidad voluntaria y permanente "por amor al reino de los cielos" (Mt. 19, 12).

Paternalidad espiritual

A primera vista el celibato es un rechazo: parece tener por efecto una re-

nuncia total. Renuncia a la sensualidad, renuncia a la expansión afectiva, renuncia a la familia. En una palabra, renuncia a esa realización de sí que es el amor, con todas las consecuencias de estrechamiento del corazón, de escrúpulos, de dificultades, de complejos que puede acarrear una decisión, tomada, tal vez, en el fervor ingenuo de la adolescencia. Al narrar el Génesis la creación de la mujer, dice que Dios vio al hombre solo y se dijo: *No es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una ayuda semejante a él* (Gen. 2, 18). Y Dios creó a la mujer con la misma naturaleza humana, pero con una estructura psicológica y fisiológica distinta de la del varón, de manera que la mutua complementación en el matrimonio realizara la totalidad de la naturaleza: *Y vendrán a ser los dos una sola carne* (Gén. 2, 24).

Si la Sagrada Escritura no dijera más que esto, parecería necesario que el hombre se casase, pues la renuncia al matrimonio sería una frustración humana. Pero en el Nuevo Testamento encontramos otros hechos. En primer lugar, la situación particular de María y la de Jesús hombre perfecto, hijo virgen de la madre virgen, y los ejemplos del apóstol San Juan y de San Pablo.

Por otra parte, las palabras de Jesús son claras: *No todos entienden esto, sino aquellos a quienes ha sido dado. Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos. El que pueda entender que entienda.* (Mt. 19, 12). Los primeros son eunucos por una frustración física. Los segundos por una acción física. Pero respecto de los terceros,

[3] CIC, can. 132, & 1.

[4] AAS 23 (1931) 127; 24 (1932) 74 s.

no lo comprende sino aquel a quien se le da de lo alto. Es un llamado de Dios. La revelación personal de una vocación concreta a un estado determinado de vida. Supone el don especial sobrenatural de ser célibe por el Reino.

Este don consiste en la posibilidad de realizar plenamente la paternidad, pero de un modo espiritual, en un orden sobrenatural. No es frustración, ni huída egoísta de responsabilidades, sino la situación de ser capacitado por Dios para desarrollar la paternidad en la Iglesia por una castidad total destinada a engendrar en otros la fe y la vida de la gracia. Jesús dijo a Nicodemo que debía nacer de nuevo para poder entrar en el Reino de los Cielos (Juan 3, 3). Este nacimiento no es *de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios* (Juan 1, 12), por la fe y los sacramentos. El sacerdote como ministro de Dios en la predicación de la palabra y la administración de los sacramentos, participa de esa acción divina por la cual recibimos la vida trinitaria. Por eso, el sacerdote es verdaderamente padre. Y como padre espiritual de los fieles no debe estar dividido ni absorbido por los cuidados de una familia. Todo su amor tiene que ser absolutamente para Jesucristo y para aquellos que Cristo encomentó a sus cuidados.

Un solo amor

San Pablo repite (1 Cor. 7, 8; 7, 25-40) el "consejo evangélico" del Señor, proponiendo su propio ejemplo y apelando al "espíritu" que del Señor ha recibido (ibid. 7, 40). En 1 Cor. 7, 29-35 dice lo siguiente: *Digoos, pues, hermanos, que el tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tu-*

Entre los grandes renunciamentos a los que el fuerte corazón de un sacerdote debe plegarse, el mayor de todos es el de carecer de una familia propia. La pobreza y el celibato privan verdaderamente al sacerdote de toda cosa temporal, de todo lazo terrenal, para hacerlo al mismo tiempo libre y esclavo para el único y supremo amor de Cristo. Nos deseamos que los sacerdotes siempre aprecien esta posición paradójica y heroica.

No midamos nuestras obras sacerdotales por el valor de los medios económicos. Y no pensemos nunca que es prudente para nosotros acumular ahorros o buscar una tranquila ancianidad fundada en fondos personales.

Quisiéramos que el espíritu de la pobreza nos defendiese de las tentaciones fáciles y conservase pura, libre y enérgica nuestra capacidad para anunciar al mundo que idolatra el dinero y los placeres el mensaje liberador y santificador del Evangelio.

PAULO VI

30 de junio de 1965,
a la Federación Nacional de
Clérigos de Italia

vieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen; porque pasa la apariencia de este mundo. Yo os querría libres de cuidados. El célibe se cuida de las cosas del Señor, de como agradar al Señor. El casado ha de cuidarse de las cosas del mundo, de como agradar a su mujer, y así está dividido. La mujer no casada y la doncella, sólo tienen que preocuparse de las cosas del Señor, de ser santa en cuerpo y en espíritu. Pero la casada ha de preocuparse de las cosas del mundo, de agradar al marido. Esto os lo digo para vuestra conveniencia, no para tenderos un lazo, sino mirando a lo que es mejor y os permite uniros más al Señor, libres de impedimentos.

No se trata aquí de un deseo egoísta de tranquilidad o de miedo a la vida y al amor. Las palabras del Apóstol están inspiradas por el vigor de un amor que se quiere dar a Dios todo entero sin divisiones ni reticencias. No se trata de pusilanimidad, ni de estrechez del corazón, sino de la intransigencia de una pasión auténtica que no admite las medias tintas.

El celibato significa la intransigencia de un amor que busca una consagración total a Dios. Tiene así una íntima relación con el bautismo y la confirmación, que son los sacramentos que consagran al hombre para el servicio de Dios, y muy particularmente con la Eucaristía que es el sacrificio de Jesucristo. El sacerdote, como imagen de Jesucristo, víctima y sumo sacerdote, debe ser también víctima y oferente. Su intimidad con Jesús eucarístico debe reflejarse en una vida "celestial". El celibato es el comportamiento del hombre nuevo para el cual

ya no puede existir nada viejo, nada dividido, nada terrestre. Por eso, cuando a la luz de la visión beatífica no existan ya ni la fe, ni la esperanza, y sólo reine la caridad, la virginidad permanecerá como el signo distintivo de aquellos elegidos que siguen al Señor a dondequiera que va (Apoc. 14, 4).

Signo de la situación escatológica de la Iglesia (5)

"El tiempo es corto, la figura de este mundo pasa" (1 Cor. 7, 29 s.). El saber que el mundo pasa debe espolear al cristiano para independizarse de él, y así mostrará que realmente ansía el retorno de Cristo y que a él se prepara (cfr. Mt. 25, 1-13). Esta expectación esencial para la Iglesia la simboliza el Señor con la parábola de las vírgenes con lámparas encendidas. La guarda de la virginidad viene a ser el término más expresivo de esta situación escatológica de la Iglesia, al mismo tiempo que una amonestación al cristiano para estar siempre pendiente del retorno del Señor, y pronto a recibirle.

El celibato es la completa victoria sobre la fuerza más impetuosa, y por eso proclama la victoria escatológica de Jesucristo. Es el triunfo de la espiritualidad, mas no de aquella que hace alarde de despreciar el sexto o de reprimirlo, en sentido psicoanalítico. El alma célibe encuentra su punto de atracción en el espíritu, porque sabe eliminar en forma correcta e inocua toda preocupación que proceda del campo de la sensibilidad. Así quedan disponibles todas aquellas facultades espirituales que hubieran podido quedar bloqueadas por una sexualidad indómita.

[5] Cfr. C. B. HAERING, *La Ley de Cristo*, Herder, Barcelona, 1961, II, pp. 347-349; 342-343.

Pero en el celibato hay mucho más que un simple ejercicio de espiritualidad natural. Es efecto del Espíritu Santo, un don del Espíritu de Cristo glorioso. *El espíritu es que da vida, la carne no aprovecha para nada* (Juan 6, 62). El hombre carnal y terreno es tan incapaz de comprender la virginidad como el milagro de la Eucaristía, pues son realidades de un orden superior al suyo. Sólo en virtud del espíritu de Cristo (cfr. Mc. 12, 24) puede el hombre colocar toda su expectación y su esperanza en el retorno del Señor, y comenzar a vivir así, en cierto modo, la vida de los resucitados, que *ni se casarán, ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles en los cielos* (Mc. 12, 25). Así, por un don que la coloca en los últimos tiempos, y gracias a su absoluta libertad para las cosas eternas, vive ya el alma célibe la vida futura en cuanto esto es posible.

Como el matrimonio en cuanto imagen de lo que sucede en la tierra, nos pone de manifiesto la maravillosa unión entre Jesucristo y la Iglesia, el celibato nos hace asistir a la vida eterna como a una realidad iniciada ya aquí en la tierra.

El matrimonio es una imagen sacramental del amor virginalmente puro y fuerte que reina entre Cristo y su Iglesia. El celibato, por su parte, no es simple imagen sacramental; es una reproducción inmediata y viviente, y aun participación singular de las nupcias de la Iglesia. Por eso no hay necesidad de un sacramento especial que consagre al célibe.

La Iglesia exige el celibato de sus sacerdotes para ofrecer siempre en ellos una reproducción viviente de su esencial orientación hacia Cristo y de su eterno desposorio con El. ♦

La misión cristiana no consiste en la simple enunciación de algunos principios que la evolución filosófica del pensamiento humano puede hacer propios; no es un espiritualismo vago para embriagar la emotividad de la conciencia o para narcotizar los sufrimientos; no es un profetismo lírico o un misticismo carismático para suscitar oscuras y supersticiosas energías de las religiones interiores de la fantasía y de los comienzos... La misión de la Iglesia consiste en prolongar en el mundo la vida de Cristo y de hacer participar a la humanidad en los misterios de El.

Cardenal

JUAN BAUTISTA MONTINI

(Al II Congreso mundial para el apostolado de los laicos.

Octubre 1957)